



La paradoja del Cronopio, o los lugares del pensamiento

Carina Infantozzi ¹

Resumen

Con este texto se pretende transitar una interrogación acerca del pensamiento, de la cuestión general de *qué es pensar*, a través de otras tantas preguntas: ¿cómo pensar?, ¿para qué?, ¿quiénes piensan?, ¿el arte piensa?, ¿la ciencia piensa?

Se propone, pues, una instancia para pensar los cruces entre lugares del hacer y del saber que han sido cuidadosamente separados, en sus prácticas, en sus lenguajes, institucionalizados en áreas disciplinares, y especialmente, en sus jerarquías de competencia en torno al conocimiento.

Palabras clave

conocimiento, pensamiento, acontecimiento, ciencia, arte, literatura, arquitectura, Heidegger, Kant, Derrida, Cortázar.

Este texto se escribe a través de una metáfora recurrente en la filosofía: la metáfora arquitectónica. Tres fragmentos de tres filósofos me permitirán demarcar el espacio y el recorrido, formal y conceptual, de lo que intentaré decir.

Kant nos dice:

“Entiendo por arquitectónica el arte de los sistemas. Como la unidad sistemática es aquello que convierte el conocimiento ordinario en ciencia, es decir, lo transforma de mero agregado de conocimientos en un sistema, la arquitectónica es la doctrina de lo científico en nuestro conocimiento y, consiguientemente, pertenece de modo necesario a la doctrina del método”².

Heidegger escribe en una conocida frase:

“El lenguaje es la casa del ser. En su morada habita el hombre. Los pensadores y poetas son los guardianes de esa morada”³.

Y Derrida señala:

“Si cada lenguaje sugiere una espacialización, una disposición en el espacio que no lo domina, sino que accede a él por aproximación, se puede

¹ Carina Infantozzi: uruguaya. Licenciada en Filosofía por la Universidad de la República, Uruguay. Con formación en Arquitectura y Bellas Artes (en la misma institución).

E-mail: carina-ir@adinet.com.uy

² Kant, I., *Crítica de la razón pura*, Ed. Alfaguara, 1978, Madrid, pág. 647

³ Heidegger, M., *Carta sobre el humanismo*, Alianza Editorial, 2000, Madrid, <http://www.heideggeriana.com.ar/textos/textos.htm>

comparar con una especie de colonización, con la apertura de un camino. Un camino que no tiene que ser descubierto, sino creado. [...] Cada lugar arquitectónico, cada morada, tiene una condición previa: que el edificio se encuentre en un camino, en un cruce en el que sean posibles la llegada y la partida. No hay edificio sin calles que conduzcan a él o que partan de él, ni tampoco hay edificios sin caminos interiores, sin pasillos, escaleras, corredores ni puertas. Y si el lenguaje no puede controlar estos caminos que parten del edificio y que llegan a él, sólo significa que el lenguaje está enredado en estas estructuras, que está en camino”⁴

Estos fragmentos, estas llaves, nos abren las puertas a *pensar*, iluminando posibles escenarios, esbozando fronteras. Entremos y salgamos, transitemos, algunas de ellas.

entrada/salida 1

Preguntemos: *¿Qué quiere decir pensar?*⁵ Y el lugar al que accedemos con esta pregunta es el espacio de un filósofo, pues tal interrogación es el título de un artículo de Heidegger.

En dicho texto se opone el pensamiento a la ciencia, y más explícitamente se dice, “la ciencia no piensa”.

Aunque para seguir por dicho camino esbozemos primero algunas cuestiones acerca de la propuesta filosófica de Heidegger. Éste pone en primera instancia la necesidad de retornar al sentido originario de la pregunta por el ser, que concierne a una diferencia, la diferencia entre el ser y el ente. Aquel sentido originario, aquella pregunta fundamental, caen en el olvido, dice Heidegger. Así que se propone un movimiento hacia el origen, un recorrido hacia atrás, atravesando la historia que se despliega a partir de aquel olvido, esto es, la historia de la metafísica occidental. Este camino ha desandar, entonces, conduce a Heidegger a proponer un pensamiento de lo originario, que coincide con el pensamiento del lugar o de la marca de aquella diferencia fundamental. Y este paso hacia atrás es posible pues el espacio donde se despliega la historia, la temporalidad de esta historia, es el lenguaje. La marca queda en las palabras, y esto es, también, el sentido y la condición de la memoria, lugar de posibilidad de la transmisión de sentidos.

Este mismo gesto es al tiempo de otro movimiento, el de una crítica a la ciencia moderna. La ciencia es desnudada para quedar expuesta ante su propia ficción: su auto-asignación como jerarca y autoridad del saber. Ya veremos como Heidegger produce un desplazamiento de la hegemonía de la ciencia, como un modo particular de lo científico, revelándola como otro momento más de la historia de la metafísica.

Aquel olvido, entonces, es entendido por Heidegger como lo esencial del pensamiento, en tanto fundamental. Y lo esencial, como aquello a develar, como el desvelo de la pregunta por el ser, deberá pasar por aquel que se hace dicha pregunta. Éste es el hombre como “ser-ahí”, y lo esencial habitará en la existencia humana en su condición de ser-en-el-mundo. Lo esencial será lo existencial. Esto quiere decir que el hombre y el mundo no son dos instancias separadas, y su necesaria condición será la habitabilidad, que es lo que enlaza al hombre en un mundo, un mundo como condición

⁴ Derrida, J., *Escribir es un modo de habitar*, en *Arquitectura Viva*, Nº 1, junio 1988, Madrid, pág. 12

⁵ Heidegger, M., *¿Qué quiere decir pensar?*, en *Conferencias y artículos*, Serbal, 1994, Barcelona, <http://www.heideggeriana.com.ar/textos/textos.htm>

y límite de su existencia y por tanto, un mundo como construcción del sentido de ese ser-en-el-mundo. Construir es comprendido tanto en su sentido de edificar, como también de cuidar, y, dice Heidegger, los “espacios se abren por el hecho de que se los deja entrar en el habitar de los hombres”⁶. Habitar es construir y cuidar el mundo que nos alberga, un dar lugar al habitar. Y este sentido de lugar no es el espacio cartesiano, sino su condición. Aquel espacio hace como si “el hombre estuviera de un lado y el espacio en el otro, dice Heidegger. Pero el espacio no es un enfrente del hombre, no es un objeto exterior ni una vivencia interior. No hay los hombres y además espacio [...] Los espacios y con ellos “el” espacio están ya siempre aviados a la residencia de los mortales”⁷.

Y como ya se ha vislumbrado el pensamiento será, en términos heideggerianos, uno de los modos en que el hombre se da lugar para habitar, se habilita a habitar. Tal es el origen del conocimiento, articulación entre un hacer y un saber, una práctica y una teoría. Saber hacer, hacer, como dar lugar, al saber.

El pensamiento, entonces, tendrá un lugar bien preciso: habita en la existencia y por la existencia del hombre. Y no podrá, desde esta mirada, separarse del espacio y el tiempo, del cuerpo, que le da habitación, y por tanto, existencia. Tal es su esencia.

entrada/salida 2

Pero, volvamos un poco hacia atrás. ¿Qué quiere decir Heidegger con que “la ciencia no piensa”?

Entremos con esta inquietud a la casa de una institución filosófica de nuestra historia. Nuevamente apelemos a Kant, quien escribió: la “*filosofía* es el sistema de todo conocimiento filosófico. Hay que tomarla objetivamente si por ella se entiende el modelo que nos sirva para valorar todos los intentos de filosofar y toda filosofía subjetiva, cuyo edificio puede ser tan diverso y cambiante. De esta forma, la filosofía es la mera idea de una ciencia posible que no está dada en concreto en ningún lugar, pero a la que se trata de aproximarse por diversos caminos hasta descubrir el sendero único, recubierto en gran parte a causa de la sensibilidad, y hasta que consigamos, en la medida de lo concedido a los hombres, que la copia hasta ahora defectuosa sea igual al modelo. Mientras esta meta no haya sido alcanzada, no es posible aprender filosofía, pues, pregunta el filósofo, ¿dónde está, quién la posee y en qué podemos reconocerla? Sólo se puede aprender a filosofar, continúa diciendo, es decir, a ejercitar el talento de la razón siguiendo sus principios generales en ciertos ensayos existentes, pero siempre salvando el derecho de la razón a examinar esos principios en sus propias fuentes y a refrenarlos o rechazarlos”⁸.

Y con esta cita kantiana nos acercamos a aquello que intentamos señalar: el proyecto moderno que subsume al pensamiento filosófico no sólo al modelo científico, sino que la misma ciencia como conocimiento se somete a la regla del sistema y del método.

Pues, “¿Qué significa [...], pregunta Heidegger, - el “mundo científico”? [y cita a Nietzsche que dijo]: “No es el triunfo de la *ciencia* lo que caracteriza a nuestro siglo XIX, sino el triunfo del *método* científico sobre la ciencia”⁹.

⁶ Heidegger, M., *Construir, habitar, pensar*, en *Conferencias y artículos*, Serbal, 1994, Barcelona, <http://www.heideggeriana.com.ar/textos/textos.htm>

⁷ Ibidem

⁸ Kant, I., *Crítica de la razón pura*, Ed. Alfaguara, 1978, Madrid, pág 651

⁹ Heidegger, M., *La proveniencia del arte y la determinación del pensar*, Traducción revisada de Breno Onetto, M., 1987/2001, Stgo./Valparaíso, <http://www.heideggeriana.com.ar/textos/textos.htm>

Dicho triunfo significa que el mundo se transforma en disponible al hombre como objeto, y el método científico el único camino posible de acceso a éste, y cuya condición, será obviamente, la de la objetividad. Esta es la forma en que el “hombre moderno”, como sujeto, se constituye en relación al mundo, en donde el primero toma el control, el comando, a través del cálculo y la medida, y al segundo, se lo dispone como objeto, ante el sujeto, para ubicarlo, calcularlo, clasificarlo, controlarlo y dominarlo. No olvidemos, además, que el propio sujeto termina siendo, él mismo, objeto de conocimiento.

En esta “época” de la historia de la metafísica, el proyecto es el control del camino a través del método científico, que significa, al mismo tiempo, entender al camino como proyecto, como método. Y es a este modo de entender y de producir conocimiento que Heidegger dirige su crítica, este que presupone el “sendero único”, y que entiende a “lo científico [como] doctrina del método”, así como lo hemos leído a través de Kant. El modelo de este “sendero” o camino es el edificio que se cierra sobre sí, o sea, el no-camino. El de los límites como cierre.

Da que pensar esta metáfora, pues, sobrevienen algunas preguntas. ¿Cuál es el límite –como cierre- del límite?

¿Cómo es posible respirar en un espacio tan hermético? ¿Cuál sería el motivo o la necesidad de tal asfixia?

Intentemos salirnos, pues, de este camino que se come a sí mismo como cierre de camino, o camino sin salida, y sin entrada. Salgamos a tomar un respiro.

Dejemos a Heidegger que nos muestre la grieta por la cual es posible tal salida.

entrada/salida 3

Y para ello, demos otro paso, o un salto, para acceder así con más insistencia a los caminos que intenta abrir Heidegger.

Para éste, entre la ciencia y el pensamiento hay un abismo, siendo éste su necesaria y originaria relación. Y sobre tal grieta no es posible puente alguno, sólo el salto. Y el “lugar al que éste nos lleva, dice Heidegger, no es sólo el otro lado sino una localidad completamente distinta”¹⁰. Desde este otro lado radical, como otro-lugar, se dejará entrar a otro sentido del pensar, aquel que quedó tras el velo del olvido originario.

Al pensar se llega pensando, dice Heidegger. Y para pensar hay que ser capaz, esto es, hay que aprender a pensar. Para ello es necesario hacer lugar a “aquello que da que pensar”, y esto significa, que hay que hacer lugar a aquello que nos mueve y nos adviene como interrogación, como interpelación. Y, dice Heidegger, “a lo que antes que nada da que pensar y por ello va a seguir siempre dando que pensar lo llamaremos lo preocupante”¹¹. Esto preocupante, como “lo-que-hay-que-considerar”, se da en lo que nos atrae sin ser visto, lo que nos afecta. Y lo “preocupante, dice Heidegger, se muestra en que todavía no pensamos. Todavía no, a pesar de que el estado del mundo da que pensar cada vez más”¹².

Pensar, entonces, desde lo que da que pensar, implica la necesidad de un acto de pensar como espaciar, esto es, que pensar es hacer lugar, dar lugar al advenimiento de la interrogación, de la pregunta como indicación de aquello que nos afecta. Y esto es del orden del acontecimiento. Esto quiere decir, en palabras de Heidegger, que pensar es señalar, y que lo que produce pensamiento es aquello que originariamente y necesariamente se oculta para ser, y que en su darse vuelta a la

¹⁰ Heidegger, M., *¿Qué quiere decir pensar?*, en *Conferencias y artículos*, Serbal, 1994, Barcelona, www.heideggeriana.com.ar/textos/textos.htm

¹¹ *Ibidem*

¹² *Ibidem*

visibilidad del hombre lo arrastra a éste a la necesidad del pensar. Pues, dice Heidegger, que “a lo que sólo da noticia de sí mismo apareciendo en su autoocultamiento, a esto sólo podemos corresponder señalándolo y, con ello, encomendándonos nosotros mismos a dejar aparecer lo que se muestra en su propio estado de desocultamiento. Este simple señalar es un rasgo fundamental del pensar, el camino hacia lo que, desde siempre y para siempre, dice Heidegger, *da* que pensar al hombre”¹³.

Y esto que aparece ocultándose, reservándose como invisibilidad, es aquello que aparece de otra manera, es decir, desapareciendo ante la visibilidad tradicional (la visión moderna) y, aconteciendo, entonces, en otra escena, a la que, al mismo tiempo, se da lugar. Y como tal fantasmática aparición dejan a la filosofía tradicional ciega y muda. Heidegger, como vimos, abre la posibilidad de pensar desde aquella originaria relación del hombre con el mundo, como ser-en-el-mundo, donde no es posible la distancia que supone la relación sujeto/objeto. Este “desalejamiento”, como lo llama Heidegger, produce esa invisibilidad por proximidad, un retiro del ante la vista como cálculo y medida. Este retiro atrae al pensamiento y esa atracción abre lugar al señalar, a la posibilidad de la interrogación como condición del pensar. Pero, pregunta Heidegger, “¿de qué modo podemos saber algo, aunque sea lo más mínimo, de aquello que se retira de esta manera? ¿Cómo podemos llegar siquiera a nombrarlo?, [...] La retirada, dice, el retirarse de lo que está por-pensar [...] nos atrae [...]. Lo que nos atrae ya ha concedido advenimiento. Cuando conseguimos estar en el tirón de la retirada, estamos ya en la línea que nos lleva a aquello que nos atrae retirándose [Y] somos lo que somos, dice, señalando lo que se retira. Este señalar es nuestra esencia”¹⁴.

Lo que se intenta decir, entonces, es que en ese desplazamiento y despejamiento del conocimiento en términos modernos, así como lo hemos planteado, en ese corrimiento queda un resto, y ese resto es lo que no se ve. Pensar esta falta, este agujero que se abre en este gesto despejador, no puede sino soportarse en un gesto no-discursivo. Este pensamiento es aquel que se sitúa en un entre, entre una entrada y una salida, en el espacio de tránsito y de fuga. En el punto de cruce, donde se nos cruza, lo que da que pensar. Pues señalar es también, esbozar un gesto, una seña, dejar una marca. Indicar un lugar como límite en tanto posibilidad de apertura de un camino, o varios. Esto es lo que hacemos cuando pensamos a través de la construcción de un texto, de la lectura y la interpretación de otros, posicionándonos en relación a un cuerpo que es la comunidad y el lenguaje de la filosofía. Posicionándonos en el lugar entre lo ya pensado y lo que está aún por pensar. En ese cruce.

Esto quiere decir, también, que dar lugar al pensar es darle un tiempo, un respiro. Darle espacio al tiempo y al ritmo del pensamiento. Ponerse al hombro la responsabilidad de la palabra. Y por este camino es que se intenta desplegar un singular sentido del pensar y poner en suspenso, por lo menos por un rato, la pesada y densa carga que trae consigo la palabra “filosofía”, para intentar abrir otras posibilidades para el pensamiento, en un tiempo y un mundo, que como dice Heidegger, *da* que pensar.

entrada/salida 4

Pero, todo esto que he escrito hasta aquí, debo decirlo ahora, comenzó en otro lugar, en otro texto. Un corto relato de Cortázar que dice así:

¹³ Ibidem

¹⁴ Ibidem

“Un cronopio pequeñito buscaba la llave de la puerta de calle en la mesa de luz, la mesa de luz en el dormitorio, el dormitorio en la casa, la casa en la calle. Aquí se detenía el cronopio, pues para salir a la calle precisaba la llave de la puerta”¹⁵.

Es a partir de este pequeño texto, que una llave, quizás la que tanto buscaba el cronopio, terminó en mis manos, permitiéndome abrir una puerta, dar un paso, salir o entrar, de un lugar a otro. Desde la literatura a la filosofía. Y es tal pasaje el que intento transitar junto a ustedes, a través de la oportunidad del paso que nos invita a dar este coloquio, ese paso a *pensar*. A partir de la cuestión, pues, de la singularidad y del dilema del pensar.

Y una llave, aunque esté perdida, es, también, una clave, una seña, una señal. Aquello que permite el pasaje en una frontera, entre lo público y lo privado, entre un adentro y un afuera. Por ejemplo, el tránsito que mis pensamientos privados deben atravesar para transmitirlos, esto es, permitirles la salida a la escena de lo público. Dar acceso, dejar circular, dar lugar al pasaje. ¿Cuál sería esta llave sino el lenguaje, la palabra escrita y oral? ¿Cómo sería esto sin soportes y estructuras que lo posibiliten? ¿Cómo sería sin edificios y sin caminos?

Esta figura o metáfora de la llave abre pues una interrogación acerca de los lugares donde son posibles los pensamientos. Y esto es, también, la importancia de poder situar al pensar, posicionarlo y posicionarse en relación a algo, marcar un punto de partida y un punto de llegada, esbozar un trayecto. Señalar es, también, localizar al pensamiento. ¿No es a esto que también nos convoca este Coloquio? ¿Cuál sería el límite, el pasaje, entre lo regional y lo global?

Y aquella pequeña ficción literaria también nos devuelve al pensamiento heideggeriano, quien le da un lugar a lo poético en la filosofía.

Lo poético será para este pensador el modo en que en el lenguaje la verdad adviene en tanto “desocultamiento”. Este modo de entender la verdad, como aquello que se nos des-cubre, nos pone nuevamente en el campo del acontecimiento como lo hemos ya mencionado. Acontece algo cuando se le hace lugar. Cuando se lo deja entrar, o salir. Y como vimos, la filosofía conducida por el camino del método científico, o entendida como ciencia sistemática, está del lado del no pensamiento para Heidegger. En cambio la filosofía se transforma en pensamiento cuando le hace lugar a lo poético, y, ampliando un poco más este horizonte, podemos decir también, cuando le hace lugar a la creación. Dar lugar y pasaje al nacimiento, dar a luz, parir. Lo originario y original del pensar, como vuelta al origen, como el camino a desandar por nuestra historia y nuestra memoria, es a la vez, la preparación del pasaje donde es posible el acontecimiento del acto del pensar, lo por-pensar, como lo impensado aún. Esto es, también, hacerle lugar al porvenir, a lo por-venir.

En otro texto de Heidegger, y a propósito del lugar para el arte y para el pensamiento, éste vuelve a plantear dos modos en que el hombre se posiciona respecto al mundo, en dos momentos de la historia de nuestra cultura: la Grecia antigua y el mundo contemporáneo.

El mundo contemporáneo, el de la “cybernética” y la “futuraología”, dice Heidegger, es el mundo de lo mundial. Esto quiere decir, que las obras surgidas en este mundo, pertenecen, dice Heidegger, “a la universalidad de la civilización mundial, cuya constitución y organizaciones son proyectadas y conducidas por la técnica científica”¹⁶. En cambio, en la Grecia antigua, el mundo lo era de una región, y sus

¹⁵ Cortázar, J., *Historia de cronopios y de famas*, en *Cuentos Completos / 1*, Alfaguara, 1996, Buenos Aires

¹⁶ Heidegger, M., *La proveniencia del arte y la determinación del pensar*, Traducción revisada de Breno Onetto M., 1987/2001, Santiago/Valparaíso,

obras acontecían allí donde se trazaba un límite. Para ello los griegos tenían la figura de Atenea, la de la “mirada aconsejadora e iluminadora”, la que está allí donde los hombres encaminan algo, traen a la luz, actúan y hacen, la que hace visible lo que sería invisible. Esta peculiar luz era la posibilitadora de la articulación entre el saber y el hacer. Pero esto es también lo que hace de Atenea “la meditadora del límite”, la que con su mirada encendida ilumina un lugar desde una frontera que ella puede divisar. Es a partir de ese límite o esa frontera que se abría el mundo, y es por tanto, un límite pensado como apertura y no como cierre. Y esto nos da que pensar. Pues, otra pregunta que queda abierta: ¿es posible lo ilimitado, la no frontera absoluta, como lugar para habitar?

Heidegger, a través de la poesía y del mito, cita al “poeta Esquilo [que] hace decir a Atenea [...]]:

“De los dioses sólo yo conozco la llave de la casa donde yace, con sello, encerrado el rayo”¹⁷.

Y nos quedamos pensando. Pues el mundo griego ha desaparecido y sus dioses con él. ¿Ha quedado la luz que permite pensar el límite guardada en aquella casa ya lejana? ¿Ha desaparecido tal posibilidad iluminadora?

La pregunta, entonces, en este texto *tan* metafórico que ha llegado hasta aquí, es acerca de una llave, dónde está, qué puerta abre o cierra, a qué lugares nos da acceso, o cuándo nos obstruye el pasaje.

Así es que la pregunta por el pensar no puede quedar fuera de la pregunta por el lugar del pensar, por los edificios y los caminos del pensar. Esto es, también, no puede quedar fuera de la pregunta por los lugares de tránsito y de transmisión del pensamiento, o sea, aquellos que conciernen al lenguaje y sus condiciones de posibilidad. Recordemos lo que nos señalaba Derrida, que “si el lenguaje no puede controlar estos caminos que parten del edificio y que llegan a él, sólo significa que el lenguaje está enredado en estas estructuras, que está *en camino*”¹⁸.

Estando en camino pensamos, y señalando a través de la pregunta se hace nodo en esta red.

<http://www.heideggeriana.com.ar/textos/textos.htm>

¹⁷ Ibidem

¹⁸ Derrida, J., *Escribir es un modo de habitar*, en *Arquitectura Viva*, N° 1, junio 1988, Madrid, pág. 12